

Si la sentencia era de muerte, se ejecutaba inmediatamente después de dictada de viva voz, á menos que se le reservase para sacrificar á los ídolos, en cuyo evento, aguardaba enjaulado su suerte fatal hasta el día que los sacerdotes determinasen. A veces la ejecución de la sentencia no había de verificarse en el mismo lugar: se le llevaba bien custodiado y acompañado de peregrinos, á Chichén-Itzá, y desde el brocal del cenote sagrado se le despeñaba por la profunda sima; ó bien se le conducía á Izamal, para ser ofrecido en sacrificio sobre los cerros de Ppappolchac, Kinichkakmó, Humpictok y Kabul.

Si el delincuente era condenado á la esclavitud, era entregado á uno de los grandes poseedores de esclavos, si es que no había querellante y ofendido á quien de derecho debiese servir. De uno ú otro modo, iba á aumentar el rebaño de los ilotas que arrastraban su ominosa condición en todos los cacicazgos de la península, labrando el bienestar de sus señores á costa de su trabajo, sudor, sangre y vida.

CAPITULO VIII

Situación social de los mayas.—División de clases sociales.—Nobles.—Sacerdotes.—Plebeyos.—Esclavos.—La esclavitud maya.—Comercio de esclavos.—Configuración de las poblaciones mayas.—Casas de paja.—Solares.—Arboles frutales.—Jardines.—Animales domésticos.—Los mayas no usaban la hamaca.—Cultivo de los campos.—Trabajo forzado y gratuito, en favor de los caciques.—Cacerías.—Pesca.—Salinas.—Aspecto físico de la raza maya.—La mujer maya.—Sus cualidades.—Sus defectos.—Trajes.—Alimentación.—Bebidas fermentadas.—El matrimonio, ó *kamnicé*.—Educación de los hijos.—Bailes sagrados en los templos.

Existía entre los mayas la distinción bien deslindada de clases: había nobles, sacerdotes y plebeyos; poderosos y desheredados; gente principal y pecheros; señores y esclavos.

La esclavitud era uno de los vicios sociales más dignos de horror entre los mayas, y bajo este solo respecto, sin contar con otros, la condición de una gran parte del pueblo maya, vino á ser mejorada por la conquista española. La esclavitud maya era no solamente abominable, sino cruel; porque los dueños de esclavos, como en todos los países no alumbrados por la civilización cristiana, disponían de sus desgraciados siervos como de cosas sujetas al dominio, considerándolos como seres distintos de ellos, unicamente destinados á labrar su bienestar, su placer, y su propia satisfacción.

Las guerras intestinas de implacables pasiones que traían siempre revueltos los cacicazgos mayas, suministraban copiosa provisión de esclavos.

Los empleaban en los más duros y ásperos trabajos, y estos seres eran tan infortunados que muy raras veces podían mudar de condición: los hijos de los esclavos nacían esclavos. Los maléficos efectos de la servidumbre, en vez de restringirse, se extendían aún á personas libres: el hombre libre que se casaba con esclava, por el mismo hecho, doblaba la cerviz al oneroso yugo de la servidumbre. Tanta separación querían establecer entre los libres y los esclavos, que aun las relaciones ilícitas del hombre libre con la sierva, se castigaban severamente: cuantas veces se probaba que un hombre libre había conocido á una esclava, perdía la libertad, é incurría en la esclavitud: por afinidad, el dueño de la esclava podía argüirle dominio.

El comercio de esclavos era públicamente permitido, como cosa lícita: nadie se avergonzaba de vender á su siervo, ni de comprar el esclavo que le hacía falta. Los caciques alentaban este tráfico con el ejemplo de su propia conducta: grandes poseedores de esclavos ellos mismos, no podían condenar, en otros lo que para ellos era permitido, y codiciado también, como fuente de riqueza.

El pueblo maya dotado de un gobierno político, no era salvaje; no vivía esparcido por tribus en los bosques, ni vagaba errante por las selvas: vivía congregado en poblaciones trazadas conforme á las reglas de una policía rudimentaria, aunque bastante avanzada. Ocupaba el centro de la población una gran plaza limpia de maleza, y alfombrada de verde

cesped: en ella descollaba el templo, y el pozo público, que hacía las veces de fuente para el servicio general. Al rededor de la plaza, se levantaba la casa municipal (*popilná*), el casino (*popolná tzublal*),¹ y las moradas de los sacerdotes, caciques, dignatarios y gente noble de cada lugar. De la plaza partían las calles en las cuales, por jerarquía de posición, se enfilaban las casas de los demás habitantes, de tal modo que los confines de cada pueblo estaban destinados á las habitaciones de los más pobres y miserables.

Eran las casas, casi en su totalidad, de paja, sin distinción entre ricos y pobres. Formábanse con una cubierta de palma, con dos vertientes, de las cuales la delantera se inclinaba con exceso hacia tierra, para defender la habitación del sol y de la lluvia. Estaba dividida por enmedio, á lo largo, con un tabique de argamasa formada de tierra, piedra, madera, y á veces zacate seco, cuyo tabique dividía la casa en dos partes iguales: una interior destinada para alcoba y dormitorio de la familia, y otra exterior que era como galería abierta. El recinto del departamento interior que quedaba á los espaldares, y que estaba cerrado con paredes de igual argamasa, comunicaba, por medio de una puerta, con la galería, y por otra, con el patio. La galería exterior la enjalbegaban y pintaban de diversas maneras, según el gusto, riqueza ó capricho del dueño: los ricos y gente principal la adornaban de figuras y dibujos de variado y brillante colorido, en tanto que los pobres se limitaban á darle una buena ma-

¹ *Diccionario de Teul.*—Landa. Obra citada, pág. 178.

no de blanquísima y reluciente cal, con que ostentaban aspecto agradable y risueño. Cada casa poseía un patio más ó menos amplio cercado de albarrada ó coto de madera: allí sembraban ora flores y yerbas olorosas, bien arboles de bello sombraje ó sabrosos frutos: á veces sus poseedores preferían sembrarlos en determinadas épocas del año, de maíz, chile y algodón,

Entre los árboles que cultivaban en sus corrales y patios, se contaban algunos de frutos muy sabrosos y delicados. Mencionaremos, como principales, el ciruelo de variadas clases, que da sanas frutas, y que, al fructificar, se desnuda completamente de sus hojas; el mamey (*chachahaaz*), arbol frondoso que da una fruta aovada, de carne roja y muy dulce; el zapote (*yá*), arbol frondoso, siempre cubierto de hojas, y que da frutos de pulpa dulce, blanda y aguanosa, de color de canela; el ramón (*ox*), arbol que nunca pierde la hoja, y que, según el padre Landa, daba unos higuillos sabrosos; el arbol llamado *choch*, que también conserva en todo tiempo su verdor y lozanía, da una fruta redonda de corteza verde, y que al madurar se torna amarillenta. Cogíanla verde los mayas, la enterraban en ceniza para que madurase, y, madura, tenía una pulpa sutil, suave, dulce y empalagosa, como yema de huevo batida y endulzada con miel; el guayo (*uayam* ó *uayúm*), arbol vivaz, que da unos frutos del tamaño de avellanas cubiertos de una cáscara delgada y verde, que, quitada, deja ver una capa ligera de pulpa rosácea y dulce, adherida al hueso, y que, á juicio de algunos, afecta el sabor de la guinda; el aguacate (*on*), arbol que crece mucho, con unos fru-

tos como grandes perones, de pulpa suave y sustanciosa; el *uzpib*, que da unos frutos amarillos de sutilísima corteza, que se comen royéndolos, y después de roídos dejan un hueso que semeja un erizo cubierto de blandas púas; el pepino (*cat*), arbol espinoso que lleva una fruta semejante á los pepinos de Castilla; el bonete (*kumché*), arbol de tallo blando y esponjoso, de aspecto desagradable, que da un fruto que encierra unas tripas amarillas muy sabrosas; y el achiote (*kuxub*), arbol pequeño que produce unos granillos rojos, empleados para dar color á los guisados.

Acostumbraban igualmente sembrar en los patios de sus casas el henequen (*ci*), con que fabricaban cuerdas para el servicio doméstico; el *balché*, de odoríferas y violáceas flores, y cuyas raíces les servían para fabricar su aguardiente; y la chaya (*chay*), arbusto vivaz de blandas ramas, y cuyas hojas cocidas comían, á semejanza de berzas.

En sus jardines había diversidad de yerbas y flores, lindas y hermosas. Se distinguían el ajenjo (*zizim*), la albahaca (*xcacaltun*); los lirios (*xzulá*), blancos y violáceos, de suave y duradera fragancia; níveas y olorosas azucenas; la flor de Mayo (*nicté*), de flores blancas, amarillas ó moradas, de perfume delicado, y tan vivo y subido que trasciende á gran distancia; la amapola (*xkuché*), de aroma austero, que da flor anualmente, y de color blanco, rojo, ó rosado.

Pocos animales domésticos criaban en sus casas, y apenas se pueden citar los pavos, ó gallinas de papada como los llamaban los españoles; y una clase de perros que no sabían ladrar, pero que

aprovechaban en la caza, porque perseguían á las codornices y otras aves, seguían la pista á los venados, y rastreaban á los conejos. Estos perros, que probablemente serán los guanimiquinajes de que habla el padre Las Casas, hacían ricos platos para los festines, y representaban gran papel en los sacrificios de los ídolos. Las mujeres aquerenciaban los pizotes, y á menudo los traían en sus faldas, y jugaban con ellos como con los falderillos. Eran en sumo grado aficionadas á coger y domesticar pájaros de suave canto y vistoso plumaje, y daba pábulo á la inclinación, la diversidad de pájaros muy lindos de que estaban poblados los bosques. Había ruiseñores (*kayomchich*), el *ixyalchamil*, de suave canto, amigo del sombraje de las huertas, de la humedad de los muros, y de la frescura de los arboles frondosos, el *colonté*, dos castas de tortolillas, picazas, golondrinas, palomas torcazes, perdices y codornices.

El dormitorio comun de la familia era el departamento cerrado interior de la casa, especialmente en invierno, pues en el verano, los hombres al menos, preferían dormir en la galería delantera (*tancab*), buscando el frescor de la noche. No usaban hamacas, ¹ sino unas camillas de varillas, cubiertas con esteras fabricadas con una planta parecida á la juncia, y que teñían de colores. Cubrían la estera con mantas tejidas de algodón, que variaban según la riqueza ó comodidad del individuo. La hamaca no es originaria de Yucatán, como vulgarmente se

¹ Landa, obra citada, pág. 110. La cama de los mayas llamábase *uay* ó *chacché*, y parecíase á lo que hoy se conoce con el nombre de *canché*.

cree, ni fué conocida aquí antes de la conquista del país por los españoles. Es originaria de la isla de Santo Domingo, de donde fué introducida, aceptándose su uso con universal agrado, por su aptitud para suavizar los rigores del clima. Con haberse generalizado tanto su uso, ha parecido que era indígena de la península, y que los españoles no hicieron sino adoptarla: no es esta sin embargo, la verdad histórica, sino la contraria: los españoles fueron los que introdujeron la hamaca en Yucatán.

Fuera del sembrado de los patios y corrales, había un cultivo más extenso en los campos. Hacían plantaciones de copal, maíz, frijol, calabazas, mañales y camotes. Había maíz de diferentes clases y colores; su cosecha era abundante, y, después de sacar el que necesitaban para el sustento, guardaban el resto en trojes y silos, con objeto de prevenirse para los años estériles. El algodón era de dos clases: uno que se sembraba anualmente, y era producido por un arbusto pequeño, que fenecía después de la cosecha, y otro, que duraba cinco ó seis años, y producía unos capullos como nueces, que secos, se abrían en cuatro partes. El copal era cierta resina que sacaban de un árbol, hiriendo ó sajando la corteza: se llamaba *pom*.

El trabajo forzoso y gratuito de los pecheros, en favor de los nobles, dignatarios y caciques, no fué una novedad que introdujo la conquista; estaba encarnado en las costumbres mayas como institución social. Al cacique y demás funcionarios del estado, se le dedicaba anualmente un terreno medido de antemano. Los jornaleros del pueblo gratuitamente sembraban y cultivaban el terreno,

que en tiempo cosechaban, y llevaban á la casa del cacique la mies, con religiosa escrupulosidad. El producto de cada cosecha bastaba para la sustentación de su casa y familia, y le ayudaba á mantener las cargas públicas que pesaban sobre él.

Los habitantes de cada pueblo hacían en común este trabajo, y era tan profunda la persuasión en que estaban de ser una carga concejil el sustentar á sus caciques, empleados y señores, que no solamente les labraban el campo, sino que también los hacían partícipes de otros frutos de su trabajo.

Si acaso iban á cazar, de la caza había de separarse una parte destinada á los caciques y señores. Las cacerías ejercían encantador atractivo en los mayas: organizábanse en partidas, con grupos numerosos, y se internaban en las frondosas selvas, después de impetrar los buenos oficios del dios de los montes, *u yumil kaax*. Cogían las codornices encaramadas en los árboles, los faisanes, los *kambules*, los *cores* negros como azabache, de copete de crespas plumas y de ojos amarillos, los pavos monteses de tornasoladas plumas: todas estas aves caían en sus redes, ó heridas con sus flechas manejadas con singular destreza. Otras veces, los cazadores agazapados arriba de los árboles, esperaban el paso de los leoncillos y tigres, para asestarles el dardo listo en el arco. Cazaban también venados, conejos, liebres, armados y dantas, que las había hermosas y de muchos colores detrás de la sierra de Campeche. De toda esta caza se había de sacar como una primicia para el cacique: era una *corvea* sagrada que nadie repugnaba.

Las pesquerías no menos proporcionaban be-

neficios á los caciques y señores. El pescado era abundante, como hasta hoy, en toda la costa de la península, y de aquí es que la pesca ocupaba á un gran número de individuos, que, con aparejos de redes, y aun con flechas, cuando el agua era baja, se proveían de pescado para su alimento, y para venderlo en el interior de la tierra. Lo salaban, lo asaban, ó bien lo secaban al sol, y así se conservaba bien largos días, en términos que lo trasportaban hasta veinte y treinta leguas para especular con él. Llevaban lisas, lijas, róbalos, sardinias, lenguados, sierras, caballas y mojarras. En la costa de Campeche se daban muy buenos pulpos, y sabrosas ostras en el río de Champotón. Abundaban en toda la costa los tiburones, los manatíes, y las tortugas. Los mayas apriesaban el manatí con harpones: para ello los buscaban en las cienagas y esteros, y luego que daban con ellos, lanzábanles el harpón atado á una soga, y una boya al cabo: herido el animal, salía con ímpetu llevando tras sí un reguero de sangre, que servía de señal á los pescadores para seguirlo en sus barquillas, hallarlo luego de muerto, y sacarlo á la costa para aprovechar su carne y manteca.

A la pesca precedía siempre la práctica de sacrificios y ensalmos, en los numerosos *kúes* ó adoratorios que había esparcidos por la playa.

Las salinas suministraban otra fuente de utilidad á los caciques que tenían sus dominios cercanos á la costa. Como hemos visto, desde las playas de Ekab hasta las cercanías de Campeche, se extendía una ciénaga, y entre esta ciénaga y la orilla del mar, se formaba una ceja de tierra, y en

ella, en distintos lugares, unos charcos ó lagos pequeños, que, llenándose de agua llovediza en la estación de las lluvias, se cubrían, al secarse, de una sal blanca y excelente, ya en granos menudos, ora en forma de terrones cristalinos.

A los cuatro ó cinco meses de pasada la estación de las lluvias, y cuando la estación de la seca había durado bastante para poder cruzar á pie enjuto la cienaga, los mayas acudían de todos los cacicazgos á proveerse de sal. La recolección de la sal no era, sin embargo, del todo libre: los cosecheros debían de impetrar previamente licencia de los caciques á cuyo dominio pertenecían las salinas: así los Euanes de Caucel, constituídos por los reyes de Mayapán en señores de las salinas de Caucel, que hoy se llaman de Choventun, no permitían la cosecha de la sal sin su autorización previa, y sin la obligación de recudirles con un tributo de sal, con la prestación de un servicio personal, ó con un donativo de alguna otra especie.

A pesar de estas gratuitas cargas, la condición de los mayas estaba muy lejos de ser pesada, áspera ó insufrible: tenían casa y solar, labranza en los terrenos comunes, alimentación sana en sus animales domésticos, en la caza, y en la pesca, y trabajo ni excesivo ni agobiador. La raza se conservaba así sana, fuerte, robusta y de hermosa complexión: la elevada estatura, los miembros fornidos, la musculatura vigorosa, no eran excepción entre los varones. De su lado, las mujeres no carecían de belleza, de primor, ni de gracia: de elevado talle, bien formadas, morenas y agraciadas, podían, en ciertos casos competir con las españolas más do-

nosas y delicadas, y así lo reconocen historiadores de los primeros tiempos de la conquista.

Pero si era una raza bien dotada por la naturaleza, adolecía de vicios de conformación en un gran número de individuos, que acarreaban las necesidades de la crianza, con las preocupaciones más banales, sociales y religiosas. A menudo se encontraban sujetos estevados, bizcos, con la cabeza aplastada, horadadas las orejas, y arpada la ternilla de las narices. Todos eran defectos artificiales ó adquiridos, ora porque las madres, en la edad de la lactancia, llevaban á sus hijos de un lugar á otro ahorcajados sobre sus caderas, ya también porque gustaban de usar zarcillos, ó bien se imprimían crueles arpaduras para congraciarse con sus divinidades.

Los hombres no llevaban barba, ni bigotes, ni patilla: embadurnábanse el rostro con tierra bermeja, y en medio de la cabeza, se abrían una coronilla, quemándose el pelo para que no creciese, mientras que, en toda la circunferencia, se lo dejaban lacio, largo y trenzado: lo arrollaban alrededor de la cabeza en forma de guirnalda, dejando colgar para atrás el cabo de la trenza á guisa de coleta.

Llevaban los hombres, por vestido, unas mantas de algodón largas, cuadradas, que anudaban en los hombros; y ceñíanse con una banda, que, dando varias vueltas á la cintura, dejaba colgantes hacia adelante, y por atrás, muchos cabos ó tiras de suficiente vuelo, con que se cubrían las verguenzas. Usaban estos ceñidores esmeradamente limpios, y á veces adornados de primor, con labores de plumas más ó menos vistosas, según la riqueza y posición de quien los llevaba. Calzaban los pies con